

A Sara

En las orillas del Mediterráneo, por las que se extendía en otro tiempo el imperio elegante de vuestro nombre, y cuando la atmósfera es pura y transparente, el mar permite a veces ver, bajo la gasa de sus aguas, una flor marina, obra maestra de la naturaleza. El encaje de sus filamentos teñidos de púrpura, de carboncillo, de rosa, de violeta o de oro, la lozanía de sus filigranas vivas y el aterciopelado de su tejido, todo se marchita en cuanto la curiosidad la saca de las aguas y la extiende sobre la arena de la playa. Igualmente, el sol de la publicidad ofendería vuestra piadosa modestia. Ésta es la razón de que, al dedicaros esta obra, deba callar un nombre que ciertamente constituiría su orgullo; pero, a favor de este medio silencio, vuestras manos magníficas podrán bendecirla, vuestra frente sublime podrá inclinarse sobre ella soñadora, y vuestros ojos, llenos de amor maternal, podrán sonreírla, ya que estaréis aquí, a la vez, presente y escondida. Como esa perla de la flora marina, quedaréis sobre la arena uniforme, fina y blanca, donde se abre como una flor vuestra hermosa vida, oculta por las ondas, diáfanas únicamente para algunos ojos amigos y discretos. Hubiese querido poner a vuestros pies una obra en armonía con vuestras perfecciones, pero, siendo esto imposible, yo sabía cómo satisfacer, al menos, uno de vuestros instintos, ofreciéndos algo que podáis proteger.

DE BALZAC

PRIMERA PARTE

Francia, y en particular Bretaña, posee aún algunas ciudades completamente al margen del movimiento social que le da al siglo XIX su fisonomía. Carentes de comunicaciones vivas y continuadas con París, y unidas apenas por un mal camino con la subprefectura o la capital de la que dependen, estas ciudades oyen o ven pasar la civilización nueva como un espectáculo, del que se asombran sin aplaudirlo; y, bien sea porque la temen o porque se burlen de ella, permanecen fieles a las viejas costumbres, de las que guardan el sello. Quien quisiese viajar como arqueólogo moral y observar a los hombres en vez de observar las piedras, podría hallar una imagen del siglo de Luis XV en algunos pueblos de la Provenza, del siglo de Luis XIV en lo profundo del Poitou, y de siglos aún más lejanos en el fondo de Bretaña. La mayoría de estos pueblos han conocido en otro tiempo algún esplendor, del que no hablan los historiadores, más preocupados por los hechos y por las fechas que por las costumbres, pero cuyo recuerdo permanece vivo en la memoria, como sucede en Bretaña, donde el carácter nacional admite difícilmente el olvido de cuanto se refiere a la comarca. Muchas de estas ciudades han sido las capitales de un pequeño Estado feudal, condado o ducado, conquistado por la corona o repartido entre herederos al extinguirse una línea masculina. Privadas de su actividad, estas cabezas han quedado reducidas desde entonces a ser brazos. El brazo, falto de alimentos, se deseca y vegeta. Sin embargo, desde hace

treinta años, estos retratos de las edades pasadas comienzan a borrarse y se han ido haciendo raros. Al trabajar para las masas, la industria moderna va destruyendo las creaciones del arte antiguo, cuyos trabajos eran completamente personales, tanto por lo que se refiere al consumidor como al artesano. Tenemos *productos*, pero ya no nos es posible obtener *obras*. En estos fenómenos de retrospcción, los monumentos representan la mitad. Ahora bien, para la industria, los monumentos son canteras de donde sacar las piedras, minas de azufre o almacenes de algodón: unos años más, y estas ciudades originales habrán quedado transformadas, y no volverá a vérselas más que en esta iconografía literaria.

Uno de los pueblos donde se encuentra más correctamente trazada la fisonomía de los siglos feudales es Guérande. Este solo nombre despertará mil recuerdos en la memoria de los pintores, de los artistas y de los pensadores que hayan podido llegar hasta la ladera donde yace esta magnífica joya de la feudalidad, tan orgullosamente situada para dominar las comunicaciones del mar y de las dunas, y que es como el vértice de un triángulo, en cuyos ángulos restantes se encuentran otras dos joyas no menos curiosas, el Croisic y el burgo de Batz. Aparte de Guérande, sólo Vitré, situado en el centro de Bretaña, y Aviñon en el Mediodía, conservan, en medio de nuestra época, su configuración intacta medieval. Todavía hoy Guérande se encuentra ceñida por sus murallas poderosas; sus amplios fosos están llenos de agua, sus almenas están enteras, sus saeteras no están obstruidas por los arbustos, y la hiedra no ha cubierto con su manto sus torres cuadradas o redondas. Tiene tres puertas en las que se ven los eslabones de los rastrillos, y para entrar habréis de pasar por un puente levadizo de madera con grapas de hierro que ya no se levanta, pero que podría aún levantarse. Se ha vituperado a la alcaldía por haber plantado, en 1820, unos álamos a lo largo de los fosos para dar som-

bra al paseo, y aquélla se ha justificado diciendo que, desde hace cien años, y del lado de las dunas, la larga y hermosa explanada de las fortificaciones, que parecen terminadas ayer, había sido convertida en un juego del mallo, sombreado de olmos bajo los cuales se recrean los habitantes. Allí las casas no han sufrido cambio alguno: ni han aumentado ni han disminuido. Ninguna de ellas ha sentido sobre su fachada el martillo del arquitecto, la brocha del encalador, ni ha cedido bajo el peso de un piso añadido. Todas conservan su carácter primitivo, y algunas de ellas reposan sobre pilotes de madera que forman galerías bajo las cuales circulan los transeúntes, y cuyos pisos se comban sin romperse. Las casas de los comerciantes son pequeñas y bajas, y sus fachadas están cubiertas con láminas de pizarra claveteadas. El maderamen, en la actualidad podrido, ha entrado en gran parte en el material esculpido de las ventanas, y, en los apoyos, por encima de los pilares, avanzan las vigas sus extremos, convertidos en rostros grotescos, alargándose en forma de animales fantásticos en los ángulos, animados por el gran pensamiento del arte, que, en aquellos tiempos, daba la vida a la naturaleza muerta. Estas antiguallas, que resisten a todo, ofrecen a los pintores los tonos oscuros y las figuras borrosas gratas a su pincel. Las calles son lo que eran hace cuatrocientos años. Ahora bien, como la población ya no es tan abundante, y como el movimiento social es en ellas menos vivo, un viajero interesado en examinar la ciudad, tan hermosa como una antigua armadura completa, podrá seguir no sin melancolía una calle casi desierta donde las ventanas de piedra están tapiadas con adobes para evitar el impuesto. Esta calle desemboca en una poterna condenada con un muro, de ladrillos, y por encima del cual crece un ramillete de arbustos elegantemente colocados por las manos de la naturaleza bretona, una de las más lujuriantes

y frondosas vegetaciones de Francia. Un pintor o un poeta permanecerán sentados, entretenidos en saborear el silencio profundo que reina bajo la bóveda todavía nueva de la poterna, hasta la cual la vida de aquella ciudad apacible no envía ruido alguno, y desde la que se distingue la ubérrima campiña en toda su magnificencia, a través de las troneras ocupadas antaño por los arqueros y los ballesteros, y que se asemejan a las vidrieras con paisajes colocadas en un mirador. Es imposible pasearse allí sin pensar a cada momento en los usos y en las costumbres de los tiempos pretéritos: todas las piedras os hablan de ellos. Finalmente, las ideas de la Edad Media se encuentran allí en el estado de superstición. Si, por casualidad, pasa un gendarme de sombrero galoneado, su presencia constituye un anacronismo contra el que protesta vuestro pensamiento; pero nada es tan raro como encontrar allí un ser o una cosa del tiempo presente. Incluso, escasean las ropas actuales: las que los habitantes admiten concuerdan en cierto modo con sus costumbres inmóviles y su fisonomía estacionaria. La plaza pública está llena de trajes bretones, que los artistas acuden a dibujar, y que tienen un relieve increíble. La blancura de las telas que llevan los *paludiers*, nombre con que se conocen las gentes que cultivan la sal en las salinas, contrasta vigorosamente con los colores azules y pardos de los campesinos y con los atavíos originales y religiosamente conservados de las mujeres. Estas dos clases, y la de los marinos, de chaquetilla y pequeño sombrero de hule, son tan distintas entre sí como las castas de la India, y reconocen todavía las distancias que separan a la burguesía, a la nobleza y al clero. Allí todo se halla aún dividido; el nivel revolucionario encontró las masas demasiado ásperas y demasiado duras para hendirlas; de intentarlo se hubiera mellado o roto. En sus hombres persiste el carácter de inmutabilidad que la naturaleza ha dado a sus especies zoológicas. Finalmente, aun después

de la revolución de 1830, Guérande sigue siendo una ciudad aparte, esencialmente bretona, católica ferviente, silenciosa, acogedora, y en la que las ideas nuevas han encontrado difícil acceso.

La situación geográfica explica este fenómeno. Esta linda ciudad domina las salinas, cuya sal, en toda la Bretaña, se llama de Guérande, y a la que muchos bretones atribuyen la bondad de su mantequilla y de sus sardinas. No está unida a la Francia moderna más que por dos caminos: el que conduce a Savenay, distrito del que depende, y que sigue hasta Saint-Nazaire, y el que lleva a Vannes y que la une al Morbihan. El camino del distrito establece la comunicación por tierra, y Saint-Nazaire abre la comunicación marítima con Nantes. El camino terrestre lo frecuenta únicamente la administración. La vía más rápida, y la más usada, es la de Saint-Nazaire. Ahora bien, entre esta ciudad y Guérande, hay una distancia de seis leguas por lo menos, sin servicio de correos, y con razón: no llegan a tres, cada año, los viajeros en coche. Saint-Nazaire está separado de Paimboeuf por la desembocadura del Loira, que tiene cuatro leguas de ancho. La barra del Loira hace que la navegación de barcos de vapor sea bastante irregular, y, para colmo de dificultades, en 1829 no existía desembarcadero en la punta de Saint-Nazaire, y este lugar estaba orlado de rocas viscosas, de arrecifes graníticos y de piedras colosales que sirven de fortificaciones naturales a su pintoresca iglesia, y que obligaban a los viajeros a lanzarse en barcas con sus equipajes cuando el mar estaba agitado; o, cuando hacía buen tiempo, a ir a través de los escollos hasta el muelle que estaba construyendo, a la sazón el cuerpo de ingenieros. Estos obstáculos, poco a propósito para animar a los aficionados, quizá existen todavía. En primer lugar, la administración es lenta en sus obras, y, además, los habitantes de este territorio, que podréis ver en el mapa de Francia recortado como

un diente, y comprendido entre Saint-Nazaire, el burgo de Batz y el Croisic, se avienen bastante con esas dificultades que vedan la aproximación a su comarca a los extranjeros. Arrojada al extremo del continente, Guérande no conduce a ningún sitio y nadie viene a ella. Contenta de ser ignorada, no se preocupa más que de sí misma. El movimiento de los productos inmensos de las salinas, que no pagan menos de un millón al fisco, está en el Croisic, ciudad peninsular cuyas comunicaciones con Guérande se efectúan sobre dunas, en las que se borra durante la noche el camino trazado por el día, y por barcas indispensables para atravesar el brazo de mar que sirve de puerto al Croisic y que se adentra en las dunas. Este pueblo encantador es, pues, el Herculano del feudalismo, sin el sudario de lava. Está en pie sin vivir, y no tiene otras razones para subsistir que la de no haber sido demolido. Si llegáis a Guérande por el Croisic, después de haber atravesado el paisaje de las salinas, experimentaréis una viva emoción al aspecto de aquella inmensa fortificación completamente nueva todavía. Lo pintoresco de su situación y las gracias sencillas de sus alrededores, cuando se llega por Saint-Nazaire, no seducen menos. El paisaje en torno es encantador; los setos están llenos de flores, de madresevas, de bojés, de rosales y de hermosas plantas. Se diría un jardín inglés dibujado por un gran artista. Esta rica naturaleza, tan poco frecuentada, y que presenta la gracia de un ramo de violetas y de lirios de los valles en una maleza de selva, tiene por marco un desierto africano bordeado por el océano, pero un desierto sin un árbol, sin una hierba, sin un pájaro, y en el que, los días de sol, los salineros, vestidos de blanco y diseminados por los tristes pantanos en que se cría la sal, hacen pensar en árabes cubiertos con sus albornoces. De este modo, Guérande, con su lindo paisaje en tierra firme, y con su desierto, limitado a la derecha por el Croisic y a la izquierda por el burgo de Batz, no se parece a

nada de lo que los viajeros ven en Francia. Estas dos naturalezas tan opuestas, unidas por la última imagen de la vida feudal, tienen algo de sorprendente. La ciudad produce sobre el espíritu el efecto que produce un calmante sobre el cuerpo, y es tan silenciosa como Venecia. No hay más vehículo público que el de un mensajero que conduce de Saint-Nazaire a Guérande y recíprocamente, en un falucho, los viajeros, las mercancías y quizá las cartas. Bernus, el cochero, era, en 1829, el factótum de aquel gran Ayuntamiento. Anda por donde quiere, toda la comarca le conoce, y hace los encargos de todos. La llegada de un coche, bien conduzca a alguna mujer que pase por Guérande por la vía de tierra para ir al Croisic, o a algunos viejos enfermos que van a tomar los baños de mar, que en las rocas de esta península tienen virtudes superiores a los de Boulogne, de Dieppe y de las Sables, constituye un inmenso acontecimiento. Los campesinos acuden a caballo, y la mayor parte traen los géneros en sacos. Lo mismo que los salineros, vienen atraídos por la necesidad de comprar las joyas peculiares a sus castas, y que se les ofrecen a todas las novias bretonas, así como la tela blanca o el paño de sus trajes. En diez leguas a la redonda, Guérande es siempre Guérande, la ciudad ilustre en la que se firmó el tratado famoso en la Historia, la llave de la costa, y que acusa, no menos que el burgo de Batz, un esplendor hoy perdido en la noche de los tiempos. Las joyas, el paño, la tela, las cintas y los sombreros se hacen en otras partes, pero son de Guérande para todos los consumidores. Todo artista, y aun todo burgués, que pasen por Guérande, experimentan allí, como los que se detienen en Venecia, un deseo pronto olvidado de acabar allí sus días en la paz y en el silencio, paseándose durante el buen tiempo por el juego del mallo, que rodea la ciudad por el lado del mar, de una puerta a la otra. A veces la imagen de esta ciudad vuelve de pronto a llamar a las puertas del templo del recuerdo; entra

por ellas cubierta: con sus torres y adornada por su cinturón de murallas, despliega su túnica tachonada de sus hermosas flores, sacude el manto de oro de sus dunas, exhala los olores capitosos de sus lindos caminos espinosos y llenos de ramilletes entrelazados al azar, ocupa vuestra imaginación y os llama como una mujer divina que hayáis entrevisto en un país extraño y que ha quedado albergada en un rincón del corazón.

Al lado de la iglesia de Guérande se ve una casa que es, en la ciudad, lo que la ciudad es en el país, una imagen exacta del pasado, el símbolo de una gran cosa destruida, una poesía. Esta casa pertenece a la familia más noble de la comarca, a los Du Glaisquin, quienes, en tiempo de los Du Guesclin, eran tan superiores a éstos en fortuna y en antigüedad como los troyanos lo eran a los romanos. Los *Guaisqlain* (ortografiados igualmente antaño *Du Glaisquin*), que han dado Guesclin, proceden de los Guaisnic. Viejos como el granito de Bretaña, los Guaisnic no son ni francos ni galos, sino que son bretones, o, para ser más exactos, celtas. En otro tiempo han debido de ser druidas, cogido el muérdago de los bosques sagrados y sacrificado hombres sobre los dólmenes. Es inútil decir lo que fueron. Hoy, esta raza, igual a los Rohan, sin haberse dignado hacerse principesca, y que ya era poderosa antes de que se soñase en los antepasados de Hugo Capeto; esta familia pura de toda mezcla, posee aproximadamente dos mil libras de renta, su casa de Guérande y su pequeño castillete del Guaisnic. Todas las tierras que dependen de la baronía del Guaisnic, la primera de Bretaña, están pignoradas en manos de los colonos y producen aproximadamente sesenta mil libras, a pesar de la imperfección de los cultivos. Los Du Guaisnic siguen siendo, por otra parte, propietarios de sus tierras; pero, como no pueden devolver el capital, consignado desde hace doscientos años entre sus manos por los poseedores actuales, no perciben las ren-

tas. Se encuentran en la situación de la corona de Francia con sus usufructuarios¹ antes de 1789. ¿Dónde y cuándo encontrarán los barones el millón que sus colonos les han entregado? Antes de 1789, la dependencia de los feudos sometidos al castillo del Guaisnic, encaramado en una colina, valían aún cincuenta mil libras; pero la Asamblea nacional suprimió, con una votación, el impuesto de *laudemios y ventas* que percibían los señores. En tal situación, esta familia, que no es ya nada para nadie en Francia, hubiera sido objeto de burlas en París, y se encuentra toda en Bretaña, en Guérande. En Guérande, el barón Du Guaisnic es uno de los grandes barones de Francia; uno de los hombres que no tienen sino un solo hombre que les sea superior: el rey de Francia, elegido en otro tiempo como jefe. Hoy, el nombre de Du Guaisnic, lleno de significado bretón y cuyas raíces se explican, por otra parte, en *Los Chuanes*, o *La Bretaña* en 1799, ha sufrido la alteración que desfigura el de Du Guaisqlain. El recaudador de contribuciones escribe, como todo el mundo, Guénic.

Al extremo de una callejuela silenciosa, húmeda y sombría, formada por los muros, rematados en punta, de las casas vecinas, se ve el arco de un postigo bastante ancho y alto para permitir el paso de un jinete, circunstancia que puede ya anunciaros que en el tiempo en que esta construcción fue terminada los coches no existían. Este arco, sostenido por dos pies derechos, es todo de granito. La puerta, de roble, resquebrajada como la corteza de los árboles que proporcionaron su madera, está llena de clavos enormes, los cuales dibujan figuras geométricas. El arco es hueco y presenta en alto relieve el escudo de los Du Guaisnic tan claro y tan limpio como si el escultor acabase de termi-

1. N. del T. *Engagiste* en el original. Era el que tenía en usufructo y bajo ciertas condiciones una tierra del patrimonio real.

narlo. Este escudo extasiaría a un aficionado al arte heráldico, pues posee una sencillez que prueba la alcurnia y la antigüedad de la familia. Es como los del día en que los cruzados del mundo cristiano inventaron estos símbolos para reconocerse; los Guaisnic no lo han cuartelado jamás, y permanece semejante a sí mismo, como el de la casa de Francia, que los conocedores encuentran, en abismo o cuartelado, esparcido en los blasones de las familias más antiguas. Está aquí, tal como podéis verlo todavía en Guérande: *gules con mano al natural gonfalonada de armiño, con espada de plata, en barra*, con este terrible mote como divisa: ¡FAC! ¿No es una cosa grande y bella? El tortil de la corona de barón remata este sencillo escudo, cuyas líneas verticales empleadas en escultura para representar los gules brillan todavía. El artista le ha dado a la mano un cierto aire altivo y caballeresco. ¡Con qué nervio sostiene la espada de la que todavía ayer se sirvió la familia! Ciertamente, si vais a Guérande después de haber leído esta historia, os será imposible dejar de estremeceros al ver este blasón. Sí, al republicano más absoluto le enternecería la fidelidad, la nobleza y la grandeza ocultas en el fondo de esta callejuela. Los Du Guaisnic se han portado bien ayer, y están dispuestos a portarse bien mañana. Portarse es la palabra excelsa de la caballería. «Te has portado bien en la batalla», decía siempre el condestable por excelencia, el gran Du Guesclin, quien, durante algún tiempo, mantuvo al inglés fuera de Francia. La profundidad de la escultura, preservada de toda intemperie por el robusto saledizo producido por el relieve redondo del arco de la puerta, está en armonía con la profundidad moral de la divisa en el alma de esta familia, y para quienes conocen a los Du Guaisnic, esta particularidad es conmovedora. La puerta abierta deja ver un patio bastante amplio, a la derecha del cual están las cuadras, y a la izquierda la cocina. La casa es de piedra sillar, desde los sótanos al granero. Adorna

la fachada que da al patio una escalinata de doble balaustrada, cuya terraza está cubierta de vestigios de esculturas borradas por el tiempo, pero en las que los ojos de un arqueólogo distinguirían todavía, en el centro, el bulto principal de la mano sosteniendo la espada. Bajo esta linda terraza, dentro de un marco de nervaduras rotas en algunos sitios, y como barnizado por el uso en algunas de sus partes, hay un pequeño nicho ocupado en otro tiempo por un perro guardián. Los pasamanos de piedra son discontinuos y en sus intersticios brota la hierba, así como algunas florecillas y musgos, igual que en los escalones de la escalera, que los siglos han removido sin alterar por ello su solidez. La puerta debió presentar en su tiempo un lindo aspecto. En cuanto los restos de sus dibujos permiten juzgar, fue trabajada por un artista educado en la gran escuela veneciana del siglo XIII. Se encuentra en ella una cierta mezcla del arte bizantino y del árabe. Está coronada por un relieve circular cargado de vegetación: un ramillete sonrosado, amarillo, pardo o azul, según las estaciones. La puerta, de roble claveteado, da entrada a un amplio vestíbulo, en el fondo del cual hay otra puerta con una escalinata semejante, que desciende hasta el jardín. Este vestíbulo está maravillosamente conservado. Sus zócalos, de la altura de una persona, son de madera de castaño. Las paredes están cubiertas de un magnífico cordobán, animado con figuras en relieve, pero cuyos dorados están resquebrajados y enrojecidos. El techo se compone de maderas, artísticamente unidas, pintadas y doradas. Apenas se ve ya el oro, y se encuentra en el mismo estado que el cordobán, aunque pueden todavía distinguirse algunas flores rojas y algunas hojas verdes. Es de creer que una limpieza haría reaparecer unas pinturas semejantes a las que decoran los pisos de la casa de Tristán, en Tours, y que probarían que esos pisos han sido rehechos o restaurados bajo el reinado de Luis XI. La chimenea, de piedra esculpida, es enor-

me y está provista de morrillos gigantescos de hierro forjado, de un trabajo precioso. Cabría en ella una carretada de leña. Los muebles de esta sala son todos de madera de roble y llevan sobre sus respaldos las armas de la familia. Hay tres fusiles ingleses igualmente aptos para la caza como para la guerra, tres sables, dos morrales y los útiles del cazador y del pescador colgados de unos clavos. Al lado se encuentra un comedor que comunica con la cocina por una puerta practicada en una torrecilla angular. Esta torrecilla, en el dibujo de la fachada que da al patio, es simétrica a otra, colocada en el otro ángulo y en la que se encuentra una escalera de caracol que sube a los dos pisos superiores.

El comedor está cubierto de tapices cuya antigüedad se remonta al siglo XIV, de lo que dan fe el estilo y la ortografía de las inscripciones escritas en las banderas bajo cada personaje; pero, como están en el lenguaje ingenuo de los *fabliaux*, es imposible transcribirlas hoy. Estos tapices, bien conservados en los lugares donde la luz ha penetrado poco, tienen como marco unos listones de roble esculpido, que el tiempo ha vuelto negro como el ébano. El techo es de vigas al aire, adornadas de follajes distintos en cada una; y los entredoses están cubiertos de láminas pintadas por las que corre una guirnalda de flores en oro sobre fondo azul. Dos viejos aparadores están enfrente el uno del otro. Sobre sus repisas, frotadas con una obstinación bretona por Mariotte, la cocinera, se ven, como en el tiempo en que los reyes eran tan pobres, en 1200, como los Du Guaisnic, en 1830, cuatro viejos cubiletes, una vieja sopera abollada y dos saleros de plata; además de esto, gran número de platos de estaño y gran número de cacharros de barro azul y gris, con dibujos árabes y las armas de los Du Guaisnic, recubiertos con una tapa con bisagras de estaño. La chimenea ha sido modernizada. Su estado prueba que la familia se reúne en esta pieza desde el siglo último. Es de piedra esculpida en el es-

tilo de Luis XV, y la adorna un espejo con un marco de celosía dorada de varillas perladas. Esta antítesis, que a la familia le es indiferente, apesadumbraría a un poeta. En el centro de la repisa cubierta de terciopelo rojo, hay un reloj cuya caja es de concha con incrustaciones de cobre, y a cada lado dos candelabros de plata de un modelo extraño. Una ancha mesa rectangular, con columnas salomónicas, ocupa el centro de este comedor. Las sillas son de madera torneada, y tapizadas. Sobre una mesa redonda, de un solo pie, figurando una copa, y colocada delante de la ventana que da al jardín, se ve una lámpara de forma singular. Consiste en un globo de vidrio corriente, algo menor que un huevo de avestruz, fijo a un candelero por una cola de vidrio. Por un agujero en su parte superior sale una mecha plana, mantenida en una especie de lengüeta de cobre, y cuya trama, doblada como una tenia en un tarro de vidrio, bebe el aceite de nuez que contiene el globo. La ventana que da al jardín, como la que da al patio, que está frente a ella, es de piedras y vidrios hexagonales plomados, y está cubierta por unos cortinajes con baldaquino y gruesos colgantes en forma de bellota, de un viejo tejido de seda rojo con reflejos amarillos, llamado antaño brocatel o pequeño brocado. En cada piso de la casa, que tiene dos, no hay más que estas dos estancias. La primera sirve de habitación al jefe de la casa. La segunda estaba destinada en otro tiempo a los niños. Los huéspedes ocupaban las habitaciones que están bajo el tejado y los criados habitaban encima de las cocinas y de las cuadras. En el tejado puntiagudo, plomado, en sus ángulos, se abre, sobre el patio y sobre el jardín, una magnífica ventana en ojiva, que tiene casi tanta altura como aquél, de repisas estrechas y finas, cuyas esculturas están corroídas por los vapores salinos de la atmósfera. Por encima del tímpano calado de esta ventana de cuatro travesaños de piedra, chirría aún la veleta del noble.